

MI SINGLADURA EN GRUP D'ANÀLISI BARCELONA

Pere Mir Rodés

*Para Hanne y Mercè
compañeras y amigas*

en el pasado, presente y futuro.



PARTE I

Toda historia tiene un principio; un punto en el cual estamos convencidos que representa, aunque sea arbitrariamente, el final y el inicio de un proceso que por sus características le otorgamos una significación especial. En mi caso, la andadura en GAB seguramente no se hubiera producido de no ser porque la vida de Juan y la mía se cruzaron en un momento concreto de nuestras existencias. Corría el año 1974. Yo terminaba mi breve recorrido como alumno del Instituto Químico de Sarriá. Había sido un año difícil. La elección de carrera se había convertido en un pequeño fracaso personal y andaba profundamente desorientado y entristecido.

Para paliar la dureza del tiempo que estaba viviendo, leía todo lo que caía en mis manos con inusitado ahínco; ningún campo me era ajeno: novela, ensayo, filosofía, teatro, poesía...y, por supuesto, empecé a leer a Freud. No entendía nada, pero había algo en la lectura de su prosa fluida y elegante que me cautivaba. Los Tres Ensayos de Teoría Sexual y El Caso Dora me fascinaron hasta el punto que me sentí inclinado a comprarme las obras completas de S. Freud en la bella edición de Ballesteros. Descubrir los textos freudianos fue una de las más maravillosas y excitantes aventuras que me han sucedido en la vida, sólo comparable con el placer que años más tarde me produjo la lectura de En Busca del Tiempo Perdido o las tragedias de Shakespeare. Luego, con la inestimable ayuda de un íntimo amigo al cual había convertido a la causa freudiana de la noche a la mañana, empecé a reflexionar acerca de la posibilidad de convertirme en analista. Disfrutaba de mucho tiempo libre por las mañanas. Las tardes las tenía ocupadas trabajando siete horas sin descanso. No obstante el ajetreo vespertino, me levantaba no

bien clareaba el día y me sentaba delante de mi minúsculo escritorio para leer y pensar, mis pasatiempos favoritos por aquél entonces. Luego, al cabo de dos o tres horas daba un largo paseo donde seguía ensimismado en mis cavilaciones. Mis padres fueron muy respetuosos conmigo: nunca me presionaron para que eligiera otra carrera o me dedicara al negocio familiar cosa que seguramente les hubiera encantado, especialmente a mi tío F. Con todo, el tiempo apremiaba y la decisión de hacer una carrera o de ponerme a trabajar no podía posponerse indefinidamente. Resolví estudiar medicina para ser psiquiatra y psicoanalista. En los años 70, los estudios de medicina constituían una de las primeras opciones para los jóvenes que habían cursado el entonces flamante Curso de Orientación Universitaria (COU) por lo que el acceso a las facultades de medicina era un verdadero calvario. Opté por iniciar los trámites para ser admitido como “alumno oyente” que permitía asistir a las clases pero los exámenes debían de realizarse en una facultad diferente a la de la ciudad en la que vivías; en mi caso significaba desplazarse a Zaragoza. Supongo que todos estos acontecimientos fueron mermando mi estado de ánimo ya de por sí precario y frágil en las últimas épocas.

Sea por las razones que fuere me encontraba muy abatido y decidí buscar la ayuda de un psiquiatra y psicoanalista que pudiera ayudarme a resolver los problemas que me acuciaban. Entonces, se me presentó otra dificultad con la que yo no había contado: ¿Quién sería mi psicoanalista? ¿A quién conocía en ese mundo que pudiera ayudarme en la tarea de encontrarlo? Estaba absolutamente perdido. Nadie de mis amistades sabía o tenía alguna vaga referencia que pudiera indicarme para hacer más liviana mi búsqueda. La solución la encontré en mi fantasía. Pensé en cómo quería que fuera mi futuro psicoanalista, en qué características deseaba que tuviera y así establecí un perfil tipo que, a la larga, me daría unos resultados excelentes. Consideré, en primer lugar, que tenía que ser varón y médico para poder descartar- caso que fuera necesario- cualquier patología orgánica. En segundo lugar, debía ser un psiquiatra experto y, por supuesto, psicoanalista. A estos requisitos le añadí uno más: que se hubiera formado en el extranjero. Con la distancia de los años y el inevitable paso del tiempo no acierto a recordar y a entender el por qué de esta última condición. Seguramente el que hubiera estudiado en una universidad extranjera le otorgaba un valor añadido desmesurado al cual no estaba dispuesto a renunciar. Una vez construido el perfil de mi psicoanalista sólo me faltaba encontrarlo: tarea que se me antojaba harto complicada. Sin embargo, en ocasiones la aparente complejidad de un problema puede conllevar la más sencilla de las soluciones. Y así fue. Recurrí a las Páginas Amarillas de Telefónica y empecé a buscar en el apartado de psiquiatras y psicoanalistas el nombre que se adecuara a la idea que tenía en mi pensamiento.

Leí: Dr. Juan Campos y Avillar. Psiquiatra y Psicoanalista. No lo dudé ni por un instante, apunté el número de teléfono y llamé. Me atendió una voz femenina muy amable que me comentó que el doctor estaba ocupado en aquellos momentos pero que le dejara mi número de teléfono que me llamaría tan pronto como pudiera. Cuando colgué me sentí tenso y excitado; sabía, sin ningún género de dudas, que mi vida iba a cambiar irremediabilmente. Habría un antes y un después de mi llamada. Nada a partir de aquél momento iba a ser lo mismo en mi vida.



En una hora Juan se puso en contacto conmigo. Me trató de una manera cálida y cordial. Su voz me inspiró confianza. Me explicó que no podríamos vernos hasta la semana siguiente y me preguntó si podía esperarme hasta entonces o necesitaba verlo con urgencia. Agradecí su deferencia pero quedamos para el lunes siguiente.

Era una mañana de otoño fría y desapacible. Las hojas de los árboles se pegaban a las piernas debido al intenso viento. El cielo amenazaba lluvia. Llegué pronto al despacho de Juan. Fui invitado a pasar a una acogedora salita con las paredes recubiertas de madera por una mujer joven vestida de blanco. Se me antojó que era una enfermera. En la sala de espera me entretuve contemplando un cuadro en el que un extraño navío aparecía fondeado en una oscura bahía. Recordé las inquietantes descripciones que aparecen en los cuentos de H.P.Lovecraft y supuse, seguramente de manera acertada, que el tipo de pintura que contemplaba estaba destinada a ser expuesta en el despacho de un psicoanalista. Me hallaba tan ensimismado en la contemplación del cuadro que no advertí las pisadas de Juan entrando en la pieza. La primera impresión que tuve de su aspecto fue muy tranquilizadora: la figura que tenía ante mí era la de un hombre de mediana estatura, de complexión fuerte y robusta. Se movía con soltura y elegancia. La expresión de su rostro inspiraba una enorme confianza. Me estrechó la mano y me invitó a que lo siguiera. Entramos en su despacho. Era una pieza espaciosa y con amplios ventanales por los que se divisaba la montaña del Tibidabo. A mí se me antojó que estaba en una casa suspendida en el aire; aquí y allá descubría unas modernas y amplias estanterías repletas de libros cuidadosamente alineados. Pero, lo que más captó mi atención fue una inmensa chimenea colocada frente a la entrada donde unos cuantos leños se consumían lentamente enviando a intervalos pequeños resplandores rojizos que reverberaban en las tapizadas paredes.

Juan me señaló una silla delante de una mesa de escritorio. Él se sentó con prontitud. Yo seguía de pie; no sabía muy bien qué hacer y, por un instante, tampoco supe el motivo de mi presencia en aquella estancia. Con una sonrisa afable, Juan me insistió en que me sentara. Luego, con voz pausada pero firme me preguntó por el objeto de mi visita...lo que sucedió a continuación es que yo empecé a hablar de manera atropellada, no estaba muy seguro de lo que estaba explicando; sin embargo no paraba de hablar. A veces, Juan me interrumpía para pedirme que le aclarara algún detalle de mi discurso que no había entendido o necesitaba de algún nuevo matiz. Y luego yo seguía desgranando mis pesares, mis conflictos y mis más íntimas reflexiones. En ocasiones, a lo largo de este decir que parecía inacabado sentía que las fuerzas me fallaban y vivía momentos de una absoluta irrealidad mientras observaba la expresión atenta y serena de Juan que parecía escudriñar cada uno de mis pensamientos: los que ponía en voz alta y los que silenciaba por falta de confianza. Pero, no obstante, sentía una corriente de simpatía hacía su persona que me animaba a proseguir con mi relato. Nada que ver con como yo me había imaginado la situación que estaba viviendo. La experiencia es siempre irremplazable. Desconozco el tiempo que permanecí hablando, sólo recuerdo que Juan me interrumpió para decirme que por aquél día ya había hablado lo suficiente. Ahora era él que quería decirme algo. Lo primero que me dijo fue que caso de hacer un análisis con él no me serviría como análisis didáctico porque no pertenecía a ninguna asociación española de psicoanálisis. Fue una advertencia que yo en aquél momento no podía valorar. No obstante, le agradecí sus palabras producto de la honestidad profesional y personal que siempre le caracterizó. Tendrían que pasar todavía muchos años para que yo pudiera descubrir el valor real de sus palabras.

Aquella primera entrevista me dejó una mezcla de sensaciones: Por un lado, tenía la más profunda convicción que el encuentro con Juan había cambiado de manera irremediable el curso de mi vida y ello me producía una íntima sensación de satisfacción. Pero, por otro lado, contribuía a inquietarme de un modo alarmante. Juan, al despedirse de mí, me

había entregado una receta de un ansiolítico con instrucciones precisas en el caso que me sintiera en un estado de desasosiego importante. Insistió en el hecho de que lo tomara. Me aseguró que no me produciría ningún efecto secundario importante sino que me tranquilizaría y, por supuesto, me ayudaría a ordenar mis pensamientos aunque fuera de manera transitoria. Trató, y lo consiguió, de calmar mi estado de nerviosismo producto de nuestro primer encuentro terapéutico. Regresé a casa en un estado de confusión importante. Mi cabeza estaba repleta de ideas, pensamientos y reflexiones que se originaban con tanta rapidez como se desvanecían cuando lo cual el resultado era una sensación de embotamiento sólo comparable a la que se produce cuando después de una abundante comida uno se abandona a un extraño duermevela donde ficción y realidad constituyen zonas difícilmente diferenciables.

 Los meses que siguieron a continuación se caracterizaron por nuestros encuentros semanales a primera hora del lunes. De común acuerdo, habíamos fijado unas siete u ocho sesiones en las cuales Juan valoraría las posibilidades de ayudarme y yo, por mi parte, también debía de sopesar cómo me iba sintiendo a lo largo de las mismas. Al final, él me haría una devolución de las posibilidades que creía podía desarrollar durante un proceso terapéutico mientras que, en mi caso, era muy importante que pudiera expresar mi grado de satisfacción durante las sesiones y si estaba dispuesto a continuar el tratamiento con Juan o bien me derivaba a otro colega de su íntima confianza. No lo dudé ni por un instante y al final de aquél período de prueba que nos habíamos impuesto, le pedí que quería continuar el análisis con él.

Durante estas siete u ocho sesiones, Juan no dejó de tomar notas en un cuaderno de hojas amarillas. A intervalos, levantaba la vista del papel y fijaba la mirada en mí por espacio de varios segundos que me resultaban eternos. A veces, permanecía largo tiempo sin escribir nada; sólo me miraba, encendía un cigarrillo Camel sin filtro- yo me había fijado bien en la marca- o rellenaba cuidadosamente una de sus muchas pipas absorto en el devenir de mi discurso. Creo que en aquella época Juan intervenía poco o por lo menos eso era lo que me parecía. Seguramente, hubiera deseado que hablara sin parar; hubiera querido que me transmitiera desde la infinita omnipotencia y poder que le otorgaba la decisiva interpretación movilizadora de un poderoso insight curador de todas las desgracias que anidaban en mi persona. Lógicamente, eso jamás sucedió. Al contrario, cada vez me sentía más angustiado. Recordaba su advertencia respecto a que al principio de todo proceso analítico los síntomas se recrudecen y el dolor se adueña del paciente. Y yo era el paciente; aquél personaje que una vez a la semana acudía puntualmente al despacho de su analista y permanecía cuarenta y cinco minutos sentado cara a cara con una figura en la cual depositaba toda mi confianza.

Avanzaba lentamente. Estaba aprendiendo a pensar de una manera distinta a como lo había hecho hasta entonces. Analizaba todos y cada uno de mis actos desde una óptica diferente. Trataba de recordar los sueños y los anotaba con gesto febril al despertarme: eran la preciada ofrenda que le hacía a mi analista. Juan acogía mis producciones oníricas con cariño. Tomaba cumplida nota de mis sueños y luego me invitaba a que asociara lo que me viniera en gana acerca del contenido manifiesto del sueño. Yo lo cumplía sin rechistar. Aportaba cuantos datos acudían a mi mente. Era exhaustivo. Supongo que en algún momento llegué a resultar pesado por el exceso de detalles con que envolvía mis asociaciones. Constituían reiteradas manifestaciones de amor con las que pretendía homenajear a mi psicoanalista para garantizarme su estima incondicional: Yo cumplía los imaginarios requisitos que el buen paciente debe atesorar:

ser dócil, aplicado y callado pero siempre dispuesto a complacer al analista. Quien, en alguna ocasión, ha visitado el despacho de un psicoanalista sabe muy bien de lo que hablo. Sin embargo, todo este mundo idílico que vivía en mi proceso analítico; esta estrecha relación con mi padre-psicoanalista, se vio amenazado de la noche a la mañana por un supuesto inocente comentario que realizó Juan al principio de una de las sesiones después de un arduo fin de semana donde me había visto envuelto en una serie de sueños que habían convertido los días de asueto en un verdadero suplicio. Había llegado a la sesión ansioso por relatar los sueños y el desasosiego que me habían ocasionado. Juan abordó la cuestión casi al principio de la sesión. Comentó que llevábamos varios meses teniendo entrevistas semanales y que era el momento de hacer un balance de las mismas y pensar seriamente la posibilidad de un tratamiento. Él pensaba proponerme participar en un grupo terapéutico. Hacía menos de un mes que estaba conduciendo uno y no le veía mayor problema el que me incorporara al mismo la semana siguiente siempre que yo estuviera de acuerdo con su propuesta. Luego, pasó a enumerarme las ventajas de analizarse en grupo: consideraba que la duración sería de un año como mínimo y de un máximo de tres. Asimismo, valoraba que los resultados eran igual de duraderos y profundos que en el psicoanálisis individual. Agregó-para finalizar- su absoluto convencimiento en la validez del enfoque grupoanalítico. Era la primera vez que escuchaba este término. Cuán lejos estaba de sospechar que con el correr de los años yo terminaría siendo grupoanalista. Por supuesto que sus palabras produjeron una intensa aflicción en mi persona. No me podía creer que ahora tendría que compartir su atención y sus cuidados con una inmensa prole de hermanos y hermanas que, a buen seguro, reclamarían también sus cuidados y sus favores. Y yo debería luchar para hacerme un lugar en el grupo. Pese a que la idea no me entusiasmó decliné hacer cualquier comentario en el momento. No era nada oportuno. Le pedí que me diera tiempo para pensarlo aunque sabía que finalmente acabaría aceptando la propuesta de Juan. Me rogó que le contestara antes del fin de semana y caso que mi respuesta fuera afirmativa el miércoles siguiente me incorporaría al grupo. Si decidía continuar con las sesiones individuales era aconsejable empezar una cura clásica tendiéndome en el diván. De un modo u otro, habíamos concluido una etapa e iniciábamos otra.

 Por supuesto, le llamé al día siguiente comunicándole que el próximo miércoles me incorporaría al grupo. En mi decisión tuve en cuenta diversos factores entre ellos el tema económico pero, por encima de todos ellos, confié en la palabra de Juan y en su criterio profesional. Nunca lo puse en duda. Siento que tuve mucha suerte de tener a un analista que siempre mantuvo una conducta profesional y personal intachable. Luego, con el tiempo, llegaron a mis oídos actuaciones de diversos profesionales que dejaban mucho que desear y cuyas consecuencias en sus analizandos habían sido devastadoras e incluso traumáticas. Y estoy hablando de colegas que después de infinitos años de análisis todavía recordaban con pesar y mucho dolor actitudes y conductas de sus psicoanalistas que les habían marcado negativamente y para siempre.

No poseo un recuerdo demasiado preciso de cómo se desarrolló mi primera sesión en un grupo grupoanalítico, sólo conservo dos o tres imágenes, un poco difusas por el paso del tiempo, de mi aparición en el grupo cuando todos sus miembros estaban ya sentados en círculo. Observo la mirada de Juan al ocupar el único asiento que quedaba libre al lado de una mujer con gafas y expresión dolorida. Una vez sentado levanto tímidamente la cabeza para familiarizarme con el grupo de pacientes que van a ser mis compañeros durante bastantes años. Al principio, no logro distinguir sus rostros, son como sombras

coloreadas por la luz indirecta que ilumina la estancia. El miedo me atenaza y me pregunto si voy a ser capaz de dirigirles la palabra para expresarles el motivo por el cual estoy sentado entre ellos. Creo que en aquella ocasión fue el último que habló y lo hice con un pequeño hilo de voz apenas audible. Supongo que me sonrojé varias veces mientras duró mi exiguo discurso. Sólo recuerdo que cuando finalicé se hizo un silencio que se me antojó interminable. Yo no sabía si era porque me había expresado con escasa claridad o que el contenido de mi exposición no había convencido a nadie de los presentes. Por supuesto, traté de buscar la aprobación de Juan reflejada en su rostro pero lo único que conseguí fue que él desviara prudentemente la mirada hacia otra persona del grupo. Entonces supe, por si no me había quedado claro antes, que era mi responsabilidad el tener un espacio propio en el grupo. Fue una lección que jamás olvidé. Posiblemente, cuando la sesión concluyó, me acerqué a algunas personas para intercambiar, aunque sólo de manera fugaz, algunas palabras y luego me marché lo más rápidamente que pude.

Por el camino, mientras me dirigía a mi casa, traté de ordenar un poco mis pensamientos. Me encontraba muy alterado, repleto de emociones confusas y contradictorias; torrentes de imágenes se sucedían en mi imaginación sin que pudiera hacer nada para evitarlas. Simplemente, intentaba no sentirme desbordado por aquel flujo interminable de ideas que parecían no tener fin.

Recordaba con extrañeza una de las normas que Juan nos había expuesto referente a los contactos que pudiéramos hacer después del grupo. Se había mostrado bastante inflexible a la hora de señalar las inconveniencias que los encuentros fuera del espacio grupal podrían acarrear al desarrollo del grupo. Aclaró que caso de producirse alguna situación ajena a los parámetros que habíamos acordado era de vital importancia que pudiera ser llevada al grupo para su posterior análisis.

Todas estas normas o recomendaciones, a veces me era muy difícil distinguir cuándo se trataba de unas o de otras, fueron aceptadas fácilmente por el grupo.

En general, respetamos escrupulosamente el tema de la puntualidad y el de procurar no interrumpirnos cuando hablábamos durante las sesiones. A lo largo de los años que duró el grupo, siempre mantuvimos un nivel de respeto y camaradería encomiable. Lentamente, casi sin darnos cuenta de ello, fue creciendo en el ámbito del grupo una comunicación cada vez más fluida y espontánea. Nos sentíamos muy unidos y cuando alguien nos dejaba-abandonaba el espacio del grupo-por unos instantes nos sentíamos ingenuamente traicionados y procurábamos, por todos los medios a nuestro alcance hacerle cambiar de opinión. Utilizábamos los argumentos más dispares: desde expresarle directamente y sin ambages nuestro fastidio ante lo que considerábamos era una especie de actuación o de pasaje al acto que debía necesariamente ser analizado hasta introducir el elemento culpógeno cuando le espetábamos que su marcha del grupo podría afectar seriamente a los que nos quedábamos. Es obvio, que en ningún caso nuestras admoniciones sirvieron para algo; a lo sumo alguna persona postergaba su marcha por espacio de varias semanas o meses lo que, evidentemente, posibilitaba que lo pudiéramos hablar y reflexionar con más tranquilidad. En cualquier caso, la última palabra la expresaba Juan. Siempre se mostró en extremo prudente y respetuoso con las decisiones que tomaban los miembros del grupo pero sus señalamientos eran de un gran valor para entender el porqué tal o cual persona había llegado a ese punto en el recorrido grupal. Nunca procuraba convencer pero sí expresaba su opinión con toda la fuerza de que era capaz. Y ello tenía un tremendo impacto en el grupo, en especial en los inicios del mismo cuando todos estábamos tan necesitados de la continuidad de aquél

espacio imprescindible en nuestras vidas desprovistas-sin exagerar en los términos-de ciertas dosis de afecto y contención.

En mi caso particular, reconozco que la función socializadora del grupo se cumplió a la perfección: a las tres o cuatro sesiones-quizá fueron algunas más- me sentía cómodo con la mayoría de las personas que estábamos en el grupo. Con algunas pocas me permitía el atrevimiento de hablarles cuando, por casualidad, nos encontrábamos en el ascensor y notaba agradecido una corriente de simpatía hacia mi persona a la que yo procuraba corresponder con todo el entusiasmo que podía y sabía mostrar.

Una de estas personas con las que enseguida se estableció un verdadero vínculo de simpatía y amistad se llamaba M. Siempre, o casi siempre para ser más exactos, me sentaba a su lado durante las sesiones. Pensaba que era mi alma gemela; aquella posible hermana que hubiera podido tener pero que uno de los varios abortos de mi madre cercenó de raíz esta posibilidad. Y, sin saber muy bien el por qué, sentía un cariño especial por M. La pésima y atormentada relación con su padre la habían convertido en una mujer torturada en su vida cotidiana. Cuando la conocí estaba redactando una monumental tesis doctoral sobre la metáfora en un famoso poeta catalán de mediados del siglo XX. Y, pese, a las sesiones sufría indeciblemente. Finalmente, abandonó la casa paterna y con muchas dificultades consiguió abrirse camino en la vida. Obtuvo un excelente puesto de trabajo en una prestigiosa universidad que con el transcurrir de los años cambió por ejercer de profesora en una institución docente privada donde todavía sigue en activo. Confieso con sumo placer que nos vemos dos o tres veces al año con el único objetivo de pasarnos un montón de horas hablando acerca de nuestras experiencias en el grupo de Juan, como seguimos llamando coloquialmente a los años vividos en el grupo grupoanalítico.

Hubo otras personas con las cuales a pesar de no tener una cercanía como la que mantenía con M., también constituyeron para mí figuras de referencia en los primeros años de vida del grupo. Destaco la poderosa personalidad de M. L. y su inagotable capacidad para cuidar y acoger a los miembros más necesitados del grupo; ejercía de madre de un modo sorprendente y tenaz. Siempre tenía la palabra adecuada para animar a un alicaído miembro del grupo a que levantara su ánimo maltrecho o, en ocasiones, ante alguna situación realmente dramática que se produjo con alguno de nosotros, no dudaba ni un momento en levantarse de su asiento y abrazar cariñosamente a la persona que sufría en silencio o sollozaba de manera desconsolada. M. L. era sobrina de un famosísimo catedrático de universidad de los años sesenta y estaba casada con un médico muy amable y cordial que conocí en una ocasión cuando, algunos años más adelante, la sesión semanal con Juan se complementaba con otra los sábados por la tarde en casa de M. L., pero eso forma parte de otra historia que tal vez relate un poco más adelante.

M. L. fue la primera en concluir su terapia después de que, de un modo exitoso, aprobara las oposiciones para profesora de instituto y ganara su plaza en una pequeña ciudad de las Islas Baleares. Yo la extrañé durante mucho tiempo; echaba en falta el modo despreocupado pero enormemente solícito con el que siempre se dirigía a nosotros, añoraba su espontaneidad y su capacidad de liderazgo; en fin, hubiera querido retenerla en el grupo eternamente. Aunque su marcha dejó al grupo sumido en un largo duelo y en una profunda sensación de vacío, también posibilitó que nos enfrentáramos a una realidad tan evidente como negada: que más tarde o más temprano el grupo terminaría la función por la que se había constituido y todos tendríamos que abandonarlo, con lo cual el grupo dejaría de existir.

Con R. y L., ambos varones de una edad cercana a la mía, los conocí desde el inicio de la terapia. R. era estudiante de psicología a tiempo parcial mientras trabajaba en una empresa como administrativo. Poseía un don innato para relacionarse con la gente. Siempre esbozaba una ligera sonrisa cuando se dirigía con un tono de voz envolvente y seductor a la persona con la que hablaba; tenía un atractivo especial para las mujeres a las que, a la más mínima ocasión, no cesaba de lisonjearlas. Recuerdo que estaba muy interesado por el test de Rorschach y me pidió que le prestara las láminas para hacer unas prácticas que le habían pedido en la universidad con el compromiso implícito de devolvérmelas lo más rápidamente posible dado que yo también las utilizaba en mis cursos de Tests Proyectivos con el Dr. Barbosa. Sin embargo, nunca volví a tener las láminas del test de Rorschach en mi poder. Se las pedí en un montón de ocasiones y siempre me encontraba con las mismas evasivas por respuesta hasta que finalmente desistí. Desconozco si esta actitud suya condicionó nuestra relación en el grupo de una manera irreversible, pero sí que enfrió notablemente una relación que había empezado de manera muy prometedora. Dejó el grupo al finalizar el segundo año. Sus problemas de impotencia se solucionaron y terminó casándose con una psicoanalista argentina que lo absorbía por completo.

L. estudiaba piano en el Conservatorio de Barcelona. Su entrada en el grupo constituyó un acontecimiento: no paraba de llamar la atención y siempre mostraba una actitud entre compungida y distante que, en ocasiones, producía una evidente sensación de rechazo en el grupo. Era en extremo demandante y no soportaba que otro miembro del grupo más necesitado que él o simplemente con ganas de hablar ocupara el espacio que L. suponía invariablemente reservado a su persona. Aguantó en el grupo hasta el final del mismo. Luego, nos encontramos en alguna ocasión con motivo de la celebración de su aniversario o del mío y acostumbábamos a pasar buenos ratos juntos, hasta que una noche me llamó muy angustiado pidiéndome que le proporcionara algún tipo de ansiolítico porque había tenido un grave altercado con sus padres y se encontraba presa del pánico.

Le respondí que yo no era médico (él lo sabía perfectamente) y que, por lo tanto, no podía recetarle ninguna medicación. Le sugerí que fuera a las urgencias de un hospital y que pidiera por el psiquiatra de guardia; mientras tanto yo le ofrecí mi ayuda para que nos viéramos si lo consideraba conveniente. Me respondió en un tono airado quejándose de mi falta de humanidad y de sensibilidad delante de los sufrimientos ajenos; insistió en mi nula capacidad de contención y terminó esgrimiendo los años compartidos en el grupo para, finalmente, recriminarme una vez más mi falta de tacto ante sus horribles padecimientos. Ante mi sorpresa y antes de que hubiera podido reaccionar delante de tamaños desatinos, colgó el teléfono y nunca más volví a saber nada de él.

Podría añadir algunos nombres a la relación expuesta hasta el momento; no muchos, esta es la verdad, quizá mencionar a C. como una mujer que hizo un recorrido muy breve y discontinuo en el grupo: aparecía una sesión y estaba un mes ausente. Preguntábamos a Juan por si tenía noticias de ella y él se encogía de hombros y negaba con la cabeza. Nos preocupaba, y de manera especial a Juan, las constantes depresiones por las que atravesaba esta mujer que vestía de un modo exquisitamente elegante y que nunca llegó a integrarse en el grupo. Su rostro marcado por el sufrimiento todavía conservaba destellos de extraordinaria belleza. Cuando, con voz desesperada, relataba la última interrupción del embarazo llevada a cabo en una clínica londinense (abortó en tres o cuatro ocasiones) percibíamos el intenso desasosiego que la atormentaba internamente. Juan hacía enconados esfuerzos para que asistiera al grupo de manera regular; le

interpretaba una y otra vez la conducta autodestructiva en la que se hallaba aprisionada...y el grupo se volcaba en ayuda de nuestro conductor y le pedíamos que viniera la próxima semana, que estábamos allí para ayudarla y queríamos que se quedara con nosotros. Después de estos estériles intentos para mantenerla en terapia, C. permanecía callada llorando silenciosamente en el mayor de los desconuelos. Y el resto del grupo contemplábamos la escena casi conteniendo la respiración como sintiendo que cualquier cosa que hiciéramos o dijéramos jugaba en nuestra contra.

Al final, C. se recomponía ligeramente y prometía con lágrimas en los ojos que vendría a la siguiente sesión. Sin embargo, llegaba el miércoles y C. no aparecía; hasta que llegó un día en que C. desapareció para siempre. En una ocasión, Juan nos comentó que había hablado con C. por teléfono y que le dijo que estaba viviendo en Londres y que se sentía más o menos bien. Daba saludos al grupo y nos agradecía los desvelos que habíamos tenido para con ella. Nunca quedé muy convencido de la veracidad de las afirmaciones de C.; supuse que su vida seguía siendo un desastre y que sus palabras eran, de nuevo, un absoluto autoengaño. En cualquier caso, nunca volvimos a verla.

Algo similar sucedió con R. y sus problemas acerca de su identidad sexual. Se incorporó al grupo casi al mismo tiempo que yo, pero sólo estuvo cuatro o cinco meses. R. siempre mantuvo una conducta muy retraída durante las sesiones que compartió con nosotros; hablaba poco y cuando lo hacía costaba entenderlo por su tono de voz exageradamente bajo. Recuerdo que en una sesión nos confesó que no iba a regresar al grupo; quería dejarlo, llevaba bastante tiempo pensándolo y sentía que no podía demorar más su decisión. Como es lógico, intentamos que se quedara pero todos nuestros esfuerzos resultaron baldíos. Finalmente, abandonó el grupo después de una sesión en la que Juan se mostró particularmente activo intentando que R. reconsiderara su decisión de dejar la terapia. Fue una de las pocas ocasiones en las que observé la preocupación reflejada en el rostro de Juan cuando R. insistió, de manera muy tajante, de que nada ni nadie le haría variar su opinión de dar por concluido el tratamiento en el grupo. Nunca volvimos a saber nada de él.

Con el paso del tiempo advertimos, no sin una cierta inquietud, que la actitud de Juan en la manera de conducir el grupo había cambiado ligeramente: ahora intervenía menos y dejaba que nosotros asumiéramos más responsabilidad en el proceso grupal; se producían menos silencios y las luchas por captar su atención habían disminuido considerablemente. También éramos más solidarios cuando, por alguna razón, alguno de los participantes acudía al grupo con evidentes signos de estar fastidiado anímicamente; entonces, al contrario de lo que había sucedido en las primeras semanas o meses de vida del grupo, nos lanzábamos todos a una a intentar rescatarlo de su estado ansioso o sencillamente preocupado. Le dedicábamos el tiempo que considerábamos oportuno en detrimento de otros conflictos propios que hubiéramos deseado explicar caso de no haberse producido aquella situación que nosotros creíamos excepcional y, por tanto, merecedora de nuestra ayuda.

Es normal que a lo largo de la vida de un grupo que se prolongó por espacio de casi ocho años sucedan acontecimientos que, por una u otra razón, permanecen inalterables en la memoria pese al paso inexorable del tiempo que tiende indefectiblemente a desplegar el manto del olvido sobre los sucesos y experiencias que en alguna ocasión cautivaron poderosamente nuestra atención. Y son estas experiencias imborrables que anidan tenazmente en nuestra memoria las que luego, con el paso del tiempo, no sólo no se debilitan sino que se engrandecen convirtiéndose en poderosos edificios arquitectónicos

que ordenan y estructuran nuestros recuerdos hasta el extremo de dotarlos de una existencia casi eterna.



Pues bien, una de estas experiencias que marcaron un antes y un después en la vida del grupo sucedió en una sesión habitual de los martes cuando Juan hizo su aparición en el grupo rigurosamente vestido de negro y con una pajarita del mismo color. Nos miramos los unos a los otros e intercambiamos alguna sonrisa de complicidad. Yo pensé que llegaba de una fiesta aunque por la hora supuse-extrañado- que la recepción o el baile se habían alargado más de lo previsto. En cualquier caso, me pareció que su atuendo le sentaba a las mil maravillas e hice un rápido comentario a M. que estaba sentada a mi lado. M. sonrió divertida y se acomodó en el sofá. Durante la sesión no sucedió nada extraordinario si exceptuamos algunas alusiones y bromas de M. y M. L. a la vestimenta de nuestro terapeuta que redundaron en un estado de hilaridad general del grupo hasta que M. L. se atrevió a preguntar lo que el resto de nosotros era incapaz de hacer. La pregunta formulada de una manera sencilla y directa apelaba al porqué del atuendo de Juan. Éste, que hasta el momento había permanecido en un estado bastante silencioso con la mirada perdida en el amplio ventanal que tenía delante de sus ojos, pareció, al principio, no escuchar la interpelación de M. L. Luego, su mirada se posó alternativamente en cada uno de nosotros y respondió en un tono sereno y grave mientras se acomodaba en la silla. Sus palabras provocaron un tremendo impacto en el grupo. Nos dijo que su padre había fallecido el día anterior y que acababa de llegar del funeral. Se calló y dejó que la frase flotara en el ambiente. Quedamos sobrecogidos, nos miramos los unos a los otros sin saber muy bien qué hacer ni qué decir; estábamos paralizados por la noticia y no acertábamos a responder. De nuevo fue M. L. quien le preguntó el por qué no había avisado para cancelar la sesión. Juan respondió que prefería estar con el grupo, se sentía mejor estando entre nosotros, se sentía acompañado. Su respuesta nos impresionó y dio lugar a un largo silencio sólo interrumpido por el ligero roce del viento contra el ventanal. Y entonces supe, cual insight revelador, de la calidad humana de Juan, del amor que sentía por conducir grupos y por estar en ellos; de su inagotable capacidad y generosidad para darse a los demás y de su profundo compromiso humano y ético con su profesión.

Poco tiempo después de esta memorable sesión tuve de nuevo otra muestra de su excelente quehacer profesional: En el grupo nos enteramos que S. un familiar lejano de M. L., antigua paciente de Juan, estaba de viaje en los Estados Unidos mientras su hermana aquejada de un cáncer en estado avanzado había tenido unas complicaciones imprevistas en el proceso de su enfermedad que hicieron que en unas pocas horas su estado empeoró de tal manera que los médicos llamaron a S. para informarle del estado de la paciente aconsejándole que regresara a Barcelona tan pronto como pudiera ya que el fatal desenlace era inminente. S., ante la imposibilidad de llegar a tiempo para acompañar a su hermana en el lecho de muerte, llamó a Juan pidiéndole que se acercara al hospital para estar con su hermana. Juan no lo dudó ni un instante y, de acuerdo con las detalladas explicaciones de M. L., se dirigió al hospital donde pudo acompañar a la mujer hasta que se produjo el deceso.

Esta y otras historias similares me acompañaron a lo largo del recorrido que hice con el grupo. Seguramente el que los acontecimientos que acabo de narrar resultaran sobremanera decisivos en el proceso grupal y en el mío en particular tengan relación con el grado de madurez que como grupo habíamos alcanzado. Por supuesto, la figura de Juan seguía siendo importante para nosotros y todavía esperábamos aquella

intervención suya que consiguiera desatascar alguna situación problemática en la que a menudo estábamos inmersos. Y, sin embargo, ahora también confiábamos en las aportaciones de los otros miembros del grupo como útiles y valiosas para la causa de avanzar en nuestro grado de maduración personal. A veces, se producía el hecho insólito que, ante determinadas situaciones problemáticas en el devenir del grupo, ya no esperábamos que Juan se decidiera a intervenir sino que nuestra atención se dirigía hacia algún miembro del grupo al cual suponíamos lo suficientemente preparado como para que nos diera su opinión y, de éste modo, solventar el escollo en el que estábamos metidos. Luego, nos quedábamos relajados y tremendamente satisfechos por el logro alcanzado y, entonces, nos dirigíamos a Juan y le espetábamos cariñosamente que era él quien debía pagarnos a nosotros porque habíamos sido capaces de salir adelante sin su ayuda. Él sonreía complacido mientras recargaba su pipa y nos soltaba algo como que ya era hora que empezáramos a andar por nosotros mismos y –añadía– que ya éramos adultos... siempre y cuando nos lo pudiéramos creer y asumir. Habitualmente, cuando las sesiones terminaban en este punto nos embargaba una intensa sensación de placidez acompañada de unas enormes ganas de continuar el trabajo analítico la próxima semana.

Alrededor de esta época acontecieron dos sucesos que si bien no fueron determinantes en el sentido más radical del término para el funcionamiento del grupo, si implicaron-sin ningún género de dudas- un empuje importante para aquél hasta el punto que todos, en mayor o menor medida, empezamos a vislumbrar el final del tratamiento grupal que estábamos llevando a cabo.

Uno de estos sucesos se relaciona directamente con la incorporación de una observadora a las sesiones. Juan nos planteó la posibilidad que una mujer tomara notas y llevara un registro de las sesiones. Añadió las ventajas que ello supondría para el grupo; ventajas que ahora no puedo recordar, pero que, en cualquier caso eran dignas de tener en cuenta. Aceptamos de buen grado su sugerencia y la observadora se convirtió en una persona más de nuestro grupo de los martes. El día que llegó al grupo parecía un poco tensa; sus ojos vivaces intentaban asimilar el tropel de miradas que lanzábamos sobre ella. En general, eran miradas que reflejaban el temor y la incertidumbre ante lo novedoso de la situación. Podíamos parecer, en algún punto, arrogantes y quizá despreciativos; mostrando un leve rechazo acompañado de una mirada ligeramente desdeñosa y, sin embargo, éramos absolutamente inofensivos y lo único que nos preocupaba era comprobar cómo se manejaba desde su función como observadora y si ello iba a repercutir en la marcha del grupo y, especialmente, en la sensación de intimidad que habíamos logrado crear. Todo funcionó a las mil maravillas. Bien pronto nos dimos cuenta que I. se manejaba a la perfección en el papel de observar el proceso del grupo. A veces, girábamos la cabeza para encontrarnos con su figura sentada detrás de nosotros en el escritorio de Juan. La mirábamos como quien se mira un raro espécimen en vías de extinción y ella, al verse observada, levantaba la cabeza de las notas que estaba tomando y sonreía dulcemente; por un instante yo la sentía incluida en nuestro pequeño círculo y le devolvíamos la sonrisa casi de manera subrepticia. Luego, bajaba los ojos, volvía a concentrarse en su tarea mientras se ajustaba la montura de las gafas. Estuvo en el grupo un año más o menos hasta que al finalizar una sesión comentó que se marchaba puesto que su trabajo había concluido y esperaba-cargó el énfasis en estas palabras- que su paso por el grupo no hubiera representado un contratiempo importante para nuestro proceso terapéutico. Su voz, perfectamente modulada, poseía un tono íntimo y acogedor. Le dimos las gracias y pudimos expresarle

la pena que sentíamos por su partida. Y era cierto, la echamos de menos por espacio de muchos meses hasta que al final como todo en la vida terminó diluyéndose paulatinamente en el recuerdo.

El segundo acontecimiento que marcó el devenir del grupo y nos aproximó a la finalización del mismo fue la propuesta de Juan de aumentar una sesión semanal pero sin que él estuviera presente. Juan sugirió que alguien del grupo prestara el espacio físico para que nos reuniéramos y pudiéramos hacer la sesión. Al principio, su propuesta nos dejó bastante desconcertados y un poco temerosos. Una y otra vez le preguntábamos acerca de qué pautas debíamos seguir, si éstas tenían que ser las mismas que manteníamos en el grupo o si, por el contrario, debíamos de optar por cambiarlas. Juan permanecía en silencio y dejaba que opináramos. Alguien mencionó que si nos reuníamos sin el conductor el resultado sería contraproducente para nuestros intereses; nos veríamos abocados a un aumento de la sintomatología y, lo que podía ser peor, que terminaríamos enfadándonos seriamente lo que precipitaría un final lamentable y desgraciado que nos conduciría inevitablemente a iniciar nuevas e interminables sesiones psicoterapéuticas con otros profesionales. Nuestros sombríos presagios no se vieron confirmados ya que M. L. rápidamente ofreció su casa para reunirnos y tranquilizó los miedos que nos atenazaban. Sin lugar a dudas, confiábamos ciegamente en la figura de M. L. Nos había dado suficientes pruebas de su verdadera capacidad para liderar el grupo. Es más, en los momentos más precarios y aciagos del inicio de la terapia cuando todas nuestras miradas y anhelos se concentraban en la persona de Juan, M. L. empezó a resolver situaciones que requerían de un temple especial y de unas dotes de liderazgo poco comunes. Nos animó a expresar nuestros conflictos y confió ciegamente en las posibilidades que cada uno de nosotros atesoraba en su interior. Nos hizo sentir el potencial de cambio que anidaba en nosotros, y con su coraje consiguió impulsar al grupo por caminos inciertos y poco explorados con la certeza que lograríamos salir adelante en nuestras vidas como individuos y como grupo. Por ello, el ofrecimiento de M. L., pese a todas las reservas que nos inquietaban, supuso un paso decisivo en la aceptación de la propuesta de Juan. Aquella sesión la dedicamos enteramente a analizar las fantasías que acudían a nuestras mentes al pensar en una sesión donde Juan-nuestro querido y amado analista-no estaría presente. Creo recordar-sin riesgo a equivocarme- que el sábado siguiente ya tuvimos la primera reunión en el diminuto apartamento de M. L. en el barrio del Carmel. El encuentro fue todo un éxito. Al principio, empezamos un poco extrañados mencionando la figura de Juan como si quisiéramos, al mentar su nombre, invocar mágicamente su presencia. Sin embargo, más pronto de lo que hubiéramos podido imaginar, el grupo empezó a funcionar como un todo con la única salvedad que- a diferencia de las sesiones con Juan donde los silencios se instalaban en determinados períodos de las mismas-ahora nos peleábamos por hablar, todos queríamos intervenir casi al mismo tiempo y fue preciso que alguien-alternativamente-ejerciera la función de moderador. Incluso las personas más silenciosas del grupo abandonaron sus inhibiciones y se unieron al bullicio generalizado. Era tal la cantidad de temas que fueron surgiendo que la sesión se prolongó por espacio de más de dos horas y, quizá, caso de que no se hubiera presentado el marido de M. L. con aspecto cansado y ojeroso después de una ajetreada guardia en el hospital hubiéramos continuado por mucho más tiempo.

Huelga decir que el martes en la sesión con Juan ésta giró alrededor de la magnífica experiencia que habíamos tenido el sábado anterior en casa de M. L. Esta vez, al unísono, alabamos la brillante idea de Juan y no escatimamos elogios para con su persona. Juan

sonreía abiertamente. Aquella sesión Juan se mostró extraordinariamente locuaz. Pienso que estaba convencido que habíamos dado un paso muy importante para el futuro del grupo. Y lo cierto es que, desde aquel momento, la atmósfera de las sesiones ya no fue la misma: hablábamos con más desenvoltura y éramos mucho más activos. Se produjeron cambios personales importantes en las vidas de muchos de nosotros y el grupo tomó nuevos aires como si de la noche a la mañana mediante un extraño rito iniciático se hubiera convertido en un ser maduro dispuesto a enfrentarse a los avatares de la vida. Por supuesto, las sesiones en casa de M. L. eran sagradas y nadie osaba faltar a ninguna de ellas pese a lo intempestivo de la hora y la lejanía del lugar. Allí, en ese apartamento minúsculo y repleto de libros aprendí el inmenso valor del grupo y sus posibilidades de promover cambios. Estábamos tan satisfechos y orgullosos de nuestra excitante aventura que planeamos, de manera ingenua, reunirnos durante muchos años aunque el grupo propiamente denominado terapéutico-es decir, el grupo con Juan-hubiese concluido.

En este estado de euforia desmedida llegamos a las vacaciones de verano y todavía aprovechamos la oportunidad que nos brindaba el que muchos de nosotros no nos habíamos ausentado de Barcelona para reunirnos nuevamente; esta vez, en mi casa. Después vino el largo período estival hasta que volvimos a encontrarnos en septiembre. El clima del grupo no había cambiado en exceso. Quizá, la ilusión era más moderada y un cierto sentimiento de pereza flotaba en el ambiente. Juan estaba muy bronceado y se había adelgazado considerablemente. A las mujeres les pareció que estaba especialmente atractivo y le recomendaron que no se engordara. No se había producido ninguna nueva incorporación ni tampoco nadie mencionó que dejaba el grupo con lo cual-aparentemente-nos esperaba un año más o menos tranquilo. Lejos estaba yo de suponer que en menos de un mes y de manera totalmente imprevista moriría mi padre de un derrame cerebral. El golpe fue tremendo. Mi padre llevaba unos años jubilado y pasaba largas temporadas con mi madre en la casa que teníamos muy cerca de Barcelona, en el Vallés Oriental. Solía acudir con cierta frecuencia a visitarlos, especialmente los fines de semana. En esta ocasión era la vigilia de la festividad de la Virgen del Pilar cuando decidí reunirme con ellos. Los encontré sentados alrededor de la chimenea, ateridos de frío y envueltos en gruesas mantas porque la temperatura había descendido de manera considerable los últimos tres días. Les saludé brevemente y me dirigí a mi habitación para deshacer la bolsa de viaje que había traído conmigo. Cuando volví al salón mi madre se había ausentado y mi padre permanecía silencioso observando el crepitar del fuego en el hogar. De pronto, se levantó y se dirigió al baño sin mediar palabra; ni tan solo me echó una mirada mientras pasaba por delante de mí. Al poco rato escuché un golpe seco en el baño seguido de un profundo quejido. Afortunadamente, mi padre no cerró el pestillo de la puerta por lo que pude acceder al baño rápidamente y lo encontré allí tumbado en el suelo, con la mirada fija en algún punto del techo; era una mirada vacía, sin expresión. Le llamaba por su nombre y parecía no oírme, tocaba su cuerpo y no se movía. A duras penas conseguí llevarlo hasta la cama y avisé a mi madre que se temió lo peor. Yo seguía hablándole esperando que en algún momento pudiera reaccionar y responder a mis preguntas. No quería darme cuenta de la gravedad de la situación.

Llamamos al médico que tardó mucho tiempo en llegar. Lo examinó y diagnosticó un grave accidente cardiovascular sin mayores detalles y, por supuesto, la necesidad urgente de trasladarlo en ambulancia a Barcelona. A las dos de la madrugada llegamos al Hospital Clínico y dejamos a mi padre ingresado en el servicio de neurología después de

que en urgencias fuera visitado por el médico de guardia que lo envió inmediatamente a la sexta planta. Mi padre fallecía al cabo de una semana. El día anterior a su muerte había ido al grupo donde expliqué la situación en la que me encontraba. Me sentí muy reconfortado por todas y cada una de las personas que componían el grupo: trataron en todo momento de prestarme la ayuda que suponían necesitaba y, por mi parte, les agradecí el poder estar con ellos compartiendo el inmenso dolor que sentía ante una situación que intuía no terminaría bien. Recuerdo las palabras de Juan llenas de esperanza cuando explicó que, en general, los ictus pueden ser reabsorbidos por el tejido cerebral dejando abierta la posibilidad a una recuperación. Añadió que en las personas mayores-caso de mi padre- las probabilidades de salir con vida de un accidente vascular de este tipo eran mucho más elevadas que en la población joven o de mediana edad. Si bien es cierto que las palabras de Juan aligeraron momentáneamente la aflicción que desde hacía una semana se había apoderado de mí, también advertí -no sin pesar- que su efecto balsámico disminuía con la misma rapidez con la que había aparecido.

La muerte de mi padre acentuó-si cabe- la ganas de permanecer en el grupo; poder rodearme de aquella atmósfera protectora que permitía el crecimiento interno de todos y cada uno de nosotros. Nunca antes había experimentado la sensación de grupo como un todo que funcionaba cual si de una delicada maquinaria de precisión se tratara. Juan intervenía en muy pocas ocasiones. Éramos los miembros del grupo los que paulatinamente habíamos aprendido a manejar los conflictos que, de manera inevitable, se presentaban en el proceso grupal; incluso nos atrevíamos a interpretarnos los unos a los otros con la absoluta convicción de que lo que estábamos haciendo era muy importante en el trayecto del grupo. Y esta seguridad que poco a poco, de un modo sutil pero firme, se había afianzado en nosotros era la que nos proporcionaba la energía necesaria para saber que lo que hacíamos conseguía resultados positivos. Sabíamos, además, sin que nadie nos lo hubiera mencionado que el final del grupo se aproximaba y que pese a vivirlo de un modo tremendamente ambiguo, no nos quedaba otra opción que aceptarlo y lograr- con nuestro esfuerzo-que el último recorrido del grupo fuera lo más provechoso posible.

A lo largo de los siguientes quince meses, varios de los miembros más antiguos del grupo fueron marchándose: primero fue M. L. quien dijo adiós en una sesión tremendamente emotiva en la que no faltaron las lágrimas y la enorme tristeza que representó su partida. Luego, le siguieron tres miembros más del grupo con lo cual nos quedamos cuatro personas a la expectativa que se incorporara savia nueva a nuestro ya reducido círculo. Aunque Juan comentó la posibilidad de que algunos de sus pacientes pudieran unirse al grupo en un corto espacio de tiempo, lo cierto fue que los dos nuevos miembros que, finalmente, asistieron al grupo se quedaron en el mismo sólo dos semanas con lo cual-nuevamente- nos vimos abocados a la urgente necesidad de buscar nuevas personas para el grupo o, de lo contrario, éste tendría que cerrarse.

Y, lamentablemente, fue esto lo que sucedió. L. abandonó el grupo afirmando en un ligero tono de superioridad que sus problemas formaban parte del pasado y que, en la actualidad, se sentía con las fuerzas suficientes para proseguir sin ayuda psicológica su recorrido por la vida. Nos quedamos M., S., y yo y así aguantamos unos tres o cuatro meses hasta que S. consideró que prolongar su estancia en el grupo no le aportaba ningún beneficio con lo cual también lo dejó. En esta sesión, Juan planteó abiertamente la clausura del espacio grupal y nos ofreció a M. y a mí la posibilidad de continuar un análisis individual con él o dejar la terapia. He de confesar que yo tenía muy clara cuál era la decisión que iba a tomar: quería tenderme en el diván y alargar mi análisis por un

tiempo. Así se lo comuniqué a Juan que valoró la propuesta de forma positiva. Yo sabía, en el sentido profundo del término, que mis posibilidades de cambio no estaban agotadas y un psicoanálisis más o menos clásico (más bien menos en este caso, dada la manera de trabajar de Juan) me concedía la oportunidad de experimentar de primera mano la vivencia que representaba tenderme en el diván.

Vivencia que siempre había estado presente en mi mente como un deseo largamente postergado que espera el momento oportuno para ser satisfecho. De mis años pasados en el grupo conservaba y mantengo todavía un excelente recuerdo. Creo que la huella que dejó en mí el paso por el grupo condicionó toda mi vida personal y profesional que vendría a continuación. Resumir las incontables emociones, sensaciones y afectos que me acompañaron en el tiempo que pasé en el grupo sería una tarea de gigantes que, indefectiblemente, estaría condenada al fracaso. No obstante, sería absolutamente injusto omitir el impresionante trabajo de conducción grupal llevado a cabo por Juan. Supo estar cercano a nosotros cuando su figura era tan imprescindible que requeríamos de cualquiera de sus palabras para continuar avanzando en el proceso del grupo, y tomó la necesaria distancia para que nuestro crecimiento y maduración fuera una realidad cuando valoró que estábamos preparados para ello. Y todo ese ingente trabajo se efectuó sin estridencias, de un modo armónico y preciso; casi sin que nosotros pudiéramos advertirlo. De todos estos años, el sentimiento que me embarga es el de una profunda y duradera gratitud hacia Juan que el paso del tiempo sólo hace que acrecentar.

 Mi análisis individual (yo diría: individual-grupal; permítaseme la licencia) fue más duro de lo que hubiera podido imaginar. Por momentos pensé que me rompía, que me resquebrajaba en pedazos y que quedaría sumido para siempre en una terrible depresión. Pero, de nuevo, Juan supo conducir la difícil situación con la habilidad y el talento habituales. Nuevamente confié en sus cuidados y me di tiempo para salir del pozo en el que había caído. Y él estaba siempre allí, sentado en su mecedora mientras escuchaba mis lamentos y desdichas aflorar sin descanso en mis asociaciones. Elaboré, o mejor dicho, seguí elaborando la muerte de mi padre y me preparé para separarme de mi pareja con la cual convivía desde hacía bastantes años. Terminé mi carrera y decidí ser grupoanalista. Y, al tiempo que me adentraba por los inciertos caminos de la vida, percibí que la relación con mi analista se hacía más cercana. Al principio, me dejaba libros que yo necesitaba para algunas de mis primeras publicaciones cosa que le agradecía enormemente. Más tarde, algunas sugerencias suyas posibilitaron que iniciara y terminara con un notable provecho mis cursos de doctorado. Rápidamente me encontré dando clases en un Máster de Psiquiatría Social en la Universidad de Barcelona, impartiendo a médicos y profesionales de la salud mis primeros cursos introductorios al grupoanálisis. Fueron años repletos de ilusión y de intenso aprendizaje. Empecé a asistir a congresos y simposios sobre grupos en los cuales, por supuesto, acudía Juan. Y, de este modo, obtuve otra visión de su persona que me sirvió de importante modelo de referencia. De Juan admiraba, entre otras cosas, su incansable capacidad de trabajo y fuente inagotable de ideas y proyectos. Se lanzaba con apasionamiento y vehemencia a defender determinada posición que le parecía vital para su pensamiento y lo hacía de aquella manera elegante y respetuosa que siempre le caracterizó. Cuando yo regresaba a mi diván hablábamos de lo acontecido en los congresos y a mí me resultaba enormemente aleccionador. En una de estas sesiones yo le insistí en mis ganas de incrementar la colaboración profesional con él. Estaba un poco

harto del diván y posiblemente del análisis. Continué insistiendo hasta que, de pronto, escuché su voz que me decía algo así como que me levantara y me pusiera a andar y yo como solícito Lázaro no lo dudé ni un instante con lo cual jamás volví a estirarme en el tan anhelado diván. Fue un punto de inflexión muy importante: hubo un antes y un después de su intervención... pero eso forma parte del segundo capítulo de esta- digamos-pequeña historia.

PARTE II

Una vez “resucitado” no tenía otra alternativa que proseguir mi andadura por la vida. Juan, por aquél entonces, atravesaba un momento de especial actividad profesional: andaba metido en cinco o seis proyectos al mismo tiempo a cual más interesante. Me propuso participar en unos seminarios de fin de semana que impartía con un colega suyo-Hernán Kesselman-en Madrid. El tema de los seminarios (Grupoanálisis Operativo) consistía en el intento de realizar un acercamiento entre las teorías de S.H.Foulkes y Pichón Riviere a un grupo reducido de profesionales del campo de la salud mental y disciplinas afines. Yo acepté de inmediato y de buen grado. No obstante, la decisión final dependía de Hernán con quien Juan hablaría el viernes siguiente cuando se encontraran en Madrid. Mi condición de paciente de Juan podía suponer una dificultad importante a la hora de ser aceptado como miembro del curso. En cualquier caso, no tendría una respuesta hasta el lunes siguiente.

El lector podrá imaginarse con relativa facilidad la ilusión que me generó la posibilidad de asistir a estos seminarios que supondrían una valiosa experiencia profesional. Por supuesto, huelga decir que me pasé todo el fin de semana explorando las combinaciones más idóneas ya fueran aéreas o terrestres para desplazarme a la capital de España. Por ello, la desilusión fue considerable cuando Juan me comunicó que, después de una larga conversación mantenida con Hernán, habían decidido que era preferible que no me incorporara a los seminarios dada mi actual condición de paciente suyo. Pienso, visto con la perspectiva que otorga el tiempo, que Juan no estuvo muy satisfecho con la decisión que finalmente se tomó. Seguramente, la opinión de Hernán fue decisiva para impedirme la entrada en el curso.

Más allá de la desilusión y el fuerte contratiempo que me supuso la negativa de Juan, estaba convencido que pronto se presentaría una nueva oportunidad para colaborar en algún proyecto conjunto. Y no me equivoqué. Por aquella época, mi análisis se había convertido-por mutuo acuerdo-en un tipo de encuentro muy difícil de describir: un analista ortodoxo se hubiera escandalizado al saber que yo llegaba puntual a la hora de mi sesión y que Juan me recibía y me preguntaba : “¿Hoy qué quieres hacer?”. La pregunta, como si se tratara de un código secreto sólo compartido entre los dos, sabíamos que únicamente tenía dos respuestas posibles: o bien me tendía en el diván cosa que no me apetecía en absoluto o bien salíamos a pasear por el barrio mientras yo le explicaba los pensamientos o las reflexiones que me preocupaban en aquel momento. Juan respondía no con las típicas interpretaciones que yo había escuchado con tanta avidez cuando permanecía tumbado en el diván sino como un colega experimentado conversa con su discípulo. Su tono era pausado. A veces, intercalaba algún comentario personal de su estancia en Nueva York o de las supervisiones grupales que realizaba en

el *Postgraduate Center for Mental Health* que le parecían absolutamente fascinantes. En otras ocasiones, mencionaba expresamente a Asya Kadis- una de las directoras del centro- por la cual sentía un extraordinario afecto o a otro analista que ahora no puedo recordar su nombre con el cual realizaba largas caminatas a lo largo de *Central Park* mientras discutían acerca de tal o cual paciente y de las diversas maneras de enfocar el caso. Yo me sentía feliz. Nunca antes había experimentado una sensación tan intensa de placer como en aquellos breves paseos que a mí se me antojaban excesivamente fugaces, quería prolongarlos a toda costa pero respetábamos los cuarenta y cinco minutos de rigor. Al llegar de nuevo a su despacho nos despedíamos hasta el siguiente encuentro. Entonces me quedaba de pie en medio de la acera, ajeno al trasiego de gente a mi alrededor como si viviera en una nube de la cual tenía forzosamente que bajar y me resistiera a ello con todas mis fuerzas. Al final, se imponía el sentido común y optaba por dirigirme con paso cansino hacia el metro sintiendo como si, de pronto, advirtiera, de golpe, la intensidad del cansancio que experimentaba producto de un titánico esfuerzo de origen desconocido.

Estas peculiares sesiones continuaron por espacio de varios meses. Yo tenía la sensación que mi análisis tocaba a su fin y que de la misma manera que sabía de la inevitable conclusión del mismo, no por ello dejaba de aferrarme con la misma tenacidad a la idea de prolongarlo por más tiempo. Un día, después que Juan hubiera lanzado la pregunta de rigor acerca de lo que me apetecía hacer en la sesión, intuí, no sin cierta inquietud, que Juan pretendía decirme algo importante con lo cual la idea del paseo no era la más apropiada. Resolví quedarme en el despacho y así se lo comuniqué a Juan quien de inmediato se puso a hablar. Quería dejarme bien claro que el análisis o lo que fuera que estuviéramos haciendo debía de tener una fecha límite. Sugería que lo decidiéramos en aquella sesión. Añadió, sonriendo, que después de los incontables años de psicoanálisis que llevaba a mis espaldas era el momento de terminarlo. Pensaba -siguió diciéndome- que debía tomarme un descanso antes de continuar con otro análisis, ya tendría tiempo para retomar un nuevo espacio donde poder explicar mis cuitas; pero, ahora, no era el momento. Luego, más adelante, ya tomaría la decisión que creyera más oportuna.

Y caso que me decidiera por elegir nuevo analista -añadió- sería conveniente que fuera de otra escuela u orientación psicoanalítica para de este modo poder conocer otros enfoques y vivir otras experiencias psicoterapéuticas o simplemente presenciar otros escenarios donde el concepto de cambio fuera posible. Me recomendó un trabajo psicodramático o junguiano, incluso gestáltico... pero que, en cualquier caso, me tomara mi tiempo para pensarlo. No había prisa de ningún tipo y tampoco debía precipitarme. Mientras Juan hablaba sentía que sería la última vez que Juan y yo nos sentábamos cara a cara en su despacho en la condición de analista y de paciente. Una etapa de mi vida finalizaba y no podía hacer nada para evitarlo; sólo dejar que el tiempo fluyera lentamente hasta alcanzar el final de la sesión. Juan me miraba inquisitivamente con aquella mirada que yo conocía tan bien y que siempre me había parecido que alcanzaba a ver cosas que yo ni siquiera intuía. Era una mirada penetrante pero dulce y acogedora a la vez. Es como si me estuviera diciendo que no tuviera miedo a mi inconsciente, que éste no era mi acérrimo enemigo con el que tenía que luchar constantemente; sin desmayo, aún a sabiendas que no siempre saldría vencedor en estas lides.

 No, ahora yo poseía unos instrumentos, unas estrategias que me permitían-después de muchos años de análisis-conocer un poco más el funcionamiento de mi psiquismo lo cual me daba la posibilidad de manejarlo de manera distinta a como lo había hecho a lo

largo de muchos años de mi vida. Terminó excusándose por si algo que hubiera dicho o no dicho durante mi análisis hubiera podido ofenderme o herirme. Creía que el proceso analítico había sido bueno, que mi mejoría era francamente evidente a tenor de la desaparición de una buena parte de mi sintomatología y –concluyó- deseándome la mejor de las suertes. Tengo el vago recuerdo que añadió algo del orden de que peor no me había dejado... y luego su amplia sonrisa y una sonora carcajada acompañada de un cálido apretón de manos cerraron casi doce años de análisis.

No recuerdo cuánto tiempo tardamos en encontrarnos. Seguramente, durante la última sesión de análisis, concertamos una fecha para reunirnos y hablar de los diferentes proyectos que Juan tenía en la cabeza y que, por supuesto, quería comunicarme a la mayor brevedad. No puedo fiarme en exceso de mi memoria por lo que conservo sólo un vago recuerdo de los acontecimientos inmediatamente posteriores que se sucedieron una vez concluida mi relación analítica con Juan.

Lo que sí conservo con una extraordinaria viveza en mi memoria es una tarde en la que Juan me llamó por teléfono para pedirme que fuera a su casa porque tenía que comunicarme algo importante. Juan estaba solo. Me dijo que Hanne se encontraba en Heidelberg por motivos profesionales. Nos sentamos en la sala de estar y me sirvió una copa de brandy. Empezó hablándome de un proyecto de deshabituación tabáquica que llevaba meses dándole vueltas. Yo sabía- o más bien intuía, aunque tenía la certeza de no equivocarme- que el proceso para dejar de fumar había sido altamente doloroso para él. Años más tarde, mi presentimiento se confirmó al leer una carta que le había enviado a su amigo Fabrizio Napolitani también fumador empedernido en la que le exponía lo difícil que le resultaba abandonar el tabaquismo y los angustiantes efectos que le producía el síndrome de abstinencia. De hecho, en una sesión de análisis, quizá mantenida seis o siete meses atrás de la finalización de mi análisis, me había hablado de sus esfuerzos por dejar de fumar y de lo mucho que le estaba costando. Entonces, percibí claramente y con una cierta zozobra que mi analista estaba sufriendo muchísimo. En aquella sesión, me confesó abiertamente sus temores acerca de las posibles consecuencias que le podía acarrear el dejar de fumar. Su psiquismo estaba alterado, se le notaba nervioso y excesivamente locuaz; me miraba fijamente y su tono de voz adquirió un tono de gravedad propio de las situaciones solemnes: pensaba que las semanas que llevaba sin fumar habían sido uno de los períodos más difíciles y complicados de su vida. Se sentía como si llevara una bomba de relojería activada en su interior y presta a explotar en cualquier momento. Estaba muy ansioso. Temía dañar a alguien de su entorno próximo debido a la situación que estaba atravesando.

En ocasiones, Juan daba la impresión que sus fuerzas iban a traicionarle y que podía sufrir algún tipo de colapso nervioso. Me pregunté cómo podía ayudarle y, en realidad, le interrogué acerca de ello. Respondió que confiaba sería un período largo pero pasajero y, además, estaba convencido que sus fuerzas no le abandonarían. Yo no tenía ninguna intención de cuestionar sus afirmaciones; no obstante, tampoco poseía la certeza que lo que decía se cumpliera.

Pero, por encima de todas aquellas sensaciones producto de los especiales momentos que estaba viviendo con mi analista, descubrí en esos días una poderosa fuente de energía cuyo epicentro se hallaba en la relación con Juan. Desconocía dónde nos conduciría el camino por el que estábamos transitando juntos. Y, sin embargo, no estaba dispuesto a cambiar ni el trayecto ni la orientación que, lentamente pero sin descanso, adquiriría nuestra incipiente asociación, nuestro común esfuerzo. Así, se lo comuniqué con toda la vehemencia de la que fui capaz. A Juan le satisfizo la contundencia de mi

postura. Supongo que no estaba muy habituado a que le mostrara los aspectos más firmes de mi personalidad.

Apuramos con deleite nuestras respectivas copas y me dispuse a escuchar su propuesta. Se arrellanó en un amplio y cómodo sofá y empezó a hablar. Me explicó, sin entrar en demasiados detalles, el doloroso proceso que le había supuesto el dejar de fumar. Suponía- y estaba en lo cierto- que no se me había pasado inadvertido los momentos sumamente difíciles que había tenido que enfrentar para conseguir salir victorioso en su lucha para abandonar la dependencia al tabaco. Ahora, se sentía con un mejor estado de ánimo y quería aprovechar la dura experiencia por la que había atravesado con el objetivo de ayudar a otras personas adictas al tabaco para que también pudieran liberarse de la mencionada adicción.

 Su proyecto, al cual me invitaba encarecidamente a participar, consistía en montar grupos de personas-en un primer momento médicos y personal sanitario- con problemas de adicción tabáquica en el Hospital de la Santa Creu i Sant Pau en el Departamento de Neumología. Los grupos en cuestión estarían conducidos por él y yo sería su ayudante. Juan, añadió, que ya había mantenido varias reuniones con el jefe del servicio de Neumología-que además era amigo suyo- y habían llegado a un completo acuerdo para poner en marcha el proyecto. Sería un estudio piloto que luego podría-caso de ser exitoso-proponerlo a otros servicios del hospital que pudieran estar interesados en el mismo. De momento, en las próximas semanas tendría una nueva reunión con los responsables del hospital para ultimar los detalles para la puesta en marcha del proyecto piloto. Juan estaba muy ilusionado. La idea de poner en funcionamiento una investigación de este tipo cuya base era la educación médica y cuyos objetivos consistían en el cambio de actitudes para lograr hábitos de conducta más saludables le apasionaba. De nuevo, Juan se encontraba con el tipo de trabajo que más le entusiasmaba: la investigación sobre los procesos del cambio y del no cambio; del por qué a los seres humanos nos cuesta tanto enfrentarnos a la idea del cambio y a las dificultades asociadas al mismo.

Su propia y azarosa experiencia en el abandono del consumo de tabaco le servía como punto de partida idóneo para emprender tamaña empresa. Los días que siguieron a continuación estuvieron marcados por múltiples reuniones con el director médico de los laboratorios Esteve para conseguir, en primer lugar, que le interesara el proyecto y, en segundo lugar, obtener de los mencionados laboratorios el soporte medicamentoso-los chicles de nicotina denominados comercialmente Nicorette-para los grupos que íbamos a constituir como medio de aliviar los perniciosos efectos del síndrome de abstinencia en sus componentes.

Los estudios científicos que se habían realizado en los últimos diez u once años especialmente en los países anglosajones concluían casi sin excepción en afirmar que la dependencia psicológica era mucho más importante y decisiva que la dependencia fisiológica en el abandono del tabaco. No obstante, la posibilidad de administrar el chicle de nicotina a las personas que se encontraban en el proceso de dejar de fumar contribuía, en buena medida, a disminuir su estado de ansiedad ya fuera psicológica o fisiológica. Por lo tanto, optamos desde el principio por ofrecer el chicle como elemento contenedor para todos aquellos participantes en los grupos que lo desearan.

El director de los laboratorios Esteve nos recibió cuantas veces se lo pedimos. Siempre mostró una actitud afable y dispuesto a colaborar en el proyecto que le presentamos.

Por supuesto, los laboratorios no estaban particularmente interesados en el trabajo con grupos sino que su atención y sus esfuerzos se centraban en conseguir que el paciente consumiera el mayor número de chicles posibles y que la marca se divulgara en el mercado. Así las cosas, el objetivo de Juan y el mío era obtener de los laboratorios la mejor ayuda posible consistente no sólo en las cápsulas de Nicorette sino en los folletos de propaganda y diversos trípticos cuya función sería ayudar a la persona inmersa en el proceso de dejar de fumar para que se le hiciera más llevadero. Los folletos contenían una serie de estrategias ampliamente consensuadas y probadas en los múltiples experimentos llevados a cabo en diferentes países. Eran de lectura fácil y, de manera especial, abordaban los aspectos positivos que se desprendían del abandono del hábito tabáquico. Estos folletos, editados por los propios laboratorios, constituían un eficaz y poderoso instrumento de trabajo para el profesional encargado de la conducción de los grupos. Contenían información precisa, sencilla y detallada que podía ser fácilmente asimilada por cualquier persona de nivel cultural medio o incluso bajo.

Al principio, los laboratorios se mostraron un poco reticentes en complacer nuestras demandas. Supongo que las dudas provenían del hecho de no haber realizado una estimación más o menos ajustada de nuestras necesidades en el momento de iniciar el proyecto. Desconocíamos, en aquellos momentos, cuántos grupos podríamos formar y, por lo tanto, ignorábamos el número de personas que formarían parte de los mismos. Alcanzamos una solución intermedia: los laboratorios nos facilitarían cuatro cajas de folletos y cinco de chicles para empezar el proyecto. Luego, nos irían aprovisionando de material en la medida que lo requiriéramos. En principio, no habría un límite para las entregas; los laboratorios estaban haciendo una amplia campaña publicitaria que les generaba buenos resultados económicos. Y, por supuesto, veían con buenos ojos cualquier iniciativa como la nuestra.

Al mismo tiempo que andábamos enfrascados en los últimos detalles para el inicio de la experiencia grupal, decidimos-Juan me lo había sugerido previamente-que participara como observador en los grupos para la deshabituación tabáquica que se llevaban a cabo en el Hospital Clínic. Este centro, pionero en Catalunya y quizá en el Estado Español, ofrecía- desde hacía varios años- programas para dejar de fumar consistentes en dos sesiones a la semana durante dos meses. Los participantes eran distribuidos en grupos de unas quince o veinte personas dirigidas por un especialista-médico o psicólogo-y un ayudante. El enfoque teórico era cognitivo- conductual.

Durante el período de tiempo que participé como observador, los grupos estaban conducidos por una psicóloga especialista en el campo de las adicciones recién llegada de los Estados Unidos donde se había doctorado-al parecer de manera brillante-en un tema que versaba sobre las diferentes estrategias para trabajar las adicciones.

Poseía una manera muy particular de liderar el grupo. Su sola presencia llenaba el espacio grupal. Tenía carisma y dotes de liderazgo en abundancia que ella, sabedora de sus cualidades, no cesaba de utilizar. Posiblemente, Diana- así se llamaba la psicóloga-dejaba poco lugar al grupo para que hiciera su proceso. Los acontecimientos en el grupo se sucedían con extraordinaria rapidez. No existía espacio para la reflexión y mucho menos para la elaboración. Y, sin embargo, a pesar de la escasez de tiempo para pensar los fenómenos personales y grupales que acontecían en el del mismo, los resultados eran francamente exitosos. Casi un setenta por ciento dejaba de fumar una vez concluida la experiencia. El problema aparecía en los meses posteriores a la finalización del tratamiento cuando alrededor de un cuarenta por ciento de los participantes recaía en la adicción. Entonces, era necesario plantear un seguimiento muy cuidadoso de los casos

para seguir ofreciendo el soporte terapéutico y la ayuda medicamentosa con el objetivo de evitar posibles nuevas recaídas en la conducta tabáquica.

Yo no estuve presente en los grupos de seguimiento porque, a menudo, coincidían con los horarios de mi práctica privada. Con todo, la experiencia como observador a lo largo de unos cuatro meses me había servido para hacerme una idea bastante aproximada del funcionamiento y manejo de este tipo de grupos. A Diana mi presencia le incomodaba ligeramente. Nunca supe las causas. Fue una lástima que jamás pudiéramos hablar con franqueza acerca de lo que nos sucedía. Pienso que era un tema imposible de abordar. En alguna ocasión estuve tentado de plantearle el por qué de su trato ligeramente distante y frío. Opté por callar... y, con el paso de los años, pienso que fue una decisión acertada.

El bagaje teórico-práctico que había acumulado durante aquellos meses me resultó muy útil cuando empezamos el primer grupo en el Hospital de Sant Pau. Era una mañana gélida de mediados de enero. Nos reunimos alrededor de una amplia mesa circular en el despacho del jefe de Neumología del hospital. La sala en cuestión quizá no reuniera los requisitos necesarios de privacidad y comodidad que Juan había demandado a la dirección del hospital. Con todo, nos permitió llevar adelante la experiencia sin excesivas dificultades. El grupo estaba compuesto por diez personas, la mayoría médicos y varias enfermeras; amén de dos personas del personal administrativo y un visitador médico de los laboratorios Esteve cuyo nivel de adicción tabáquica era altísimo. Y, sin embargo, fue uno de los participantes más activos del grupo y contribuyó, de manera decisiva, al buen funcionamiento del mismo.

Después de las presentaciones de rigor, el grupo inició su andadura. La primera sesión estuvo marcada por las constantes explicaciones de Juan acerca de los problemas fundamentalmente psicológicos -que comportaba dejar de fumar y por las estrategias que él había utilizado como medio para el abandono de la adicción. Su personalidad, en algunos momentos arrolladora, y su larga experiencia en la conducción de grupos, le permitió cohesionar y animar al grupo a que continuara con la experiencia. Así, se pudieron evitar los posibles abandonos de miembros del grupo y los participantes independientemente de sus respectivas jerarquías- pudieron exponer públicamente los miedos y temores que tenían delante de la experiencia grupal.

Al finalizar las sesiones, Juan y yo discutíamos aspectos del proceso y de la dinámica grupal que había tenido lugar tan solo unos minutos antes. Por supuesto, yo tomaba notas durante la sesión. Este aspecto, que en ocasiones puede resultar altamente disruptivo, se había explicitado al grupo y éste había dado su consentimiento. De esta manera, yo tenía la absoluta libertad de tomar notas cuando lo considerara oportuno y, también, de intervenir si lo creía necesario.

Si tuviera que destacar algún recuerdo de aquella experiencia grupal que se prolongó por espacio de dos años, mencionaría el estilo de Juan para conducir el grupo, siempre atento, expectante, ávido de descubrir qué acontecía en el paulatino desarrollo del grupo sin olvidar a las personas que lo componían y sus respectivas personalidades y los diferentes estados de ánimo. Todo era tenido en cuenta sin excepción. El grupo agradecía el cuidado constante del que era objeto y respondía al mismo con un acercamiento cada vez mayor entre los miembros que lo componían. Así, las jerarquías quedaban reducidas a su mínima expresión y no supusieron un serio obstáculo al devenir del proceso grupal. Es más, sorprendía la facilidad con la que personas que trabajaban juntas en el mismo espacio desde hacía muchos años y que no se dirigían la

palabra habitualmente, el contexto grupal les sirvió para un acercamiento profesional y humano como nunca lo hubieran podido imaginar.

El proyecto piloto que estábamos llevando a cabo también tuvo sus repercusiones a nivel de la institución como un todo: Por un lado, se generó una amplia sensibilización al tema del tabaquismo en todos los servicios del hospital y, por otro, se produjeron también los habituales posicionamientos a favor y en contra de la campaña antitabaco. Hubo quien radicalizó sus posturas y convirtió el dejar de fumar en una cruzada contra el personal sanitario que todavía no veía con buenos ojos ningún tipo de medida a favor de la abstinencia tabáquica o de limitar los espacios destinados a los fumadores. No obstante, y si hacemos excepción de un jefe de servicio que llevó hasta las últimas consecuencias su particular guerra contra los médicos/as adictos/as al tabaco llegando hasta el extremo de implementar un sistema de denuncias contra ellos/as, la experiencia en su conjunto fue altamente positiva y sirvió, entre otros objetivos, para concienciar a un sector de población muy resistente a cualquier tipo de iniciativa encaminada a dejar de fumar. Hay que recordar que en aquellos momentos, a nivel del Estado Español, se realizaban los primeros estudios de desintoxicación tabáquica y, por consiguiente, el grado de concienciación y sensibilización era todavía muy escaso.

Tendrían que transcurrir todavía muchos años para que los proyectos y estudios piloto para el abandono del tabaco pudieran alcanzar un grado suficiente de influencia en el tejido hospitalario y social en general. De todos modos, los primeros e incipientes pasos ya se habían dado. Y nosotros, tuvimos el privilegio y el honor de poner en práctica un estudio piloto en un hospital de tercer nivel después de un largo y exhaustivo proceso de elaboración y reflexión.

El problema de la adicción tabáquica puede ser contemplado desde dos perspectivas: Una sería considerar el hábito de fumar como causa de adicción psicoorgánica de organismos individuales y otra, más global y más abarcativa, que consistiría en entender la adicción como un “malestar en la cultura”, una “enfermedad de civilización”, señal de trastornos de comportamiento sanitario individual y colectivo que se traducen al mismo tiempo en factor de riesgo para la salud del individuo y de la comunidad. Desde la primera perspectiva la lucha contra la adicción al tabaco se reduce a una lucha contra el hábito de fumar y la prevención a procurar que: a) los que no hayan fumado nunca no empiecen a fumar. b) que dejen de fumar el mayor número de fumadores posible. c) que los que lo hayan conseguido se mantengan abstinentes. d) que los que no puedan dejar de fumar lo hagan de la manera menos perjudicial tanto para sí mismos como para los demás.

De lo que se trata, básicamente, es de crear un medio ambiente social negativo hacia el hábito de fumar hasta convertirlo en socialmente inaceptable y de convencer a la gente que se comporten de manera diferente respecto al hábito. Todo ello se puede lograr mediante medidas educativas y legislativas adecuadamente complementadas. Esta fue, en síntesis, la política adoptada por el Departamento de Sanidad y Seguridad Social con su “Pla de Lluita contra el Tabaquisme” del año 1983 cuyos objetivos eran reducir el número de enfermedades, incapacidad y defunciones prematuras que resultan del hábito de fumar.

No obstante, si se contempla el problema de la adicción tabáquica desde la segunda perspectiva antes mencionada ello implica un replanteamiento y reordenamiento de prioridades en las estrategias de promoción de la salud y de prevención de enfermedades en función de un concepto diferente y más abarcativo del “ser o estar

sano y hacer salud”. Implica, además, pensar de nuevo el papel y función de los diferentes estamentos y roles profesionales dentro del sistema global de salud. En último término se trata de cambiar la cultura sanitaria globalmente: el sistema total de creencias o prejuicios, de valores, de pautas normativas y de actitudes respecto a comportamientos de salud que son los que conforman el comportamiento final de los individuos, de los grupos y de los profesionales o usuarios de los servicios de salud.

Obviamente, el cambio de una cultura sanitaria no es tan sólo un problema científico y metodológico sino que al mismo tiempo también es una cuestión ideológica, de ideologías científicas y sanitarias como mínimo. Nuestra ideología de salud y el concepto de sistema sanitario que se deriva de su aplicación a la asistencia quedaron concretados en Perpinyà en aquella sencilla definición de salud conocida hoy en todo el mundo como la definición catalana de salud que sostiene que ésta es “aquella manera de vivir que es autónoma, solidaria y gozosa” entendiendo por “gozosa” la capacidad de hacer frente de manera creativa a las limitaciones internas y externas del propio sujeto, del propio grupo y de la propia comunidad.

El pleno desarrollo de la ideología de salud iniciada en Perpinyà y su aplicación a la actividad médica y al papel de los profesionales sanitarios son objetivos necesarios que todavía están por realizar. Es más, se podría decir que son necesidades que se hacen más acuciantes cuando se trata de problemas de salud radicalmente ideológicos como son el de los comportamientos individuales y colectivos relacionados con el consumo de drogas legales, de las cuales el tabaco es el prototipo. Sin embargo, a pesar del hecho que la adicción tabáquica como paradigma de adicción a droga institucionalizada pueda servir de modelo para entender la dinámica de las adicciones ilegales, no pensábamos que, a la inversa, la adicción tabáquica tuviera que ser tratada como las adicciones a drogas no institucionalizadas, ni que fuera necesario medicalizar el problema mediante la promoción de costosas clínicas antitabáquicas de dudosa eficacia ni que resultara conveniente hacer de la cesación tabáquica una especialidad médica o psicológica.

Todo ello nos llevó a considerar que era necesaria una pedagogía sanitaria entendida como la educación del enfermo en un problema específico de salud que surge como parte del acto médico tal y como quedó descrito en el X Congrés de Metges i Biòlegs en Llengua Catalana. Pedagogía sanitaria que tenía que ser concebida como pedagogía de salud integral e integrada en todas sus dimensiones: hábitos alimentarios, consumo de bebidas alcohólicas, ejercicio, conductas de trabajo, vida sexual y afectiva, tiempo libre, etc. para hacer frente al problema de la adicción tabáquica. Así, tuvimos en cuenta que los médicos y los profesionales de la salud eran- y son- uno de los objetivos privilegiados en la lucha contra el consumo de tabaco por tres razones: 1) Como colectivo ejemplar 2) Como modelo “objeto de identificación” para la población y 3) Como pedagogos sanitarios.

El resultado de muchos meses de trabajo fue, finalmente, el diseño del Estudio Piloto patrocinado por el Laboratorio de Función Pulmonar del Hospital de la Santa Creu i Sant Pau y Grup d’Anàlisi Barcelona -del cual hablaré más adelante- Cooperativa de trabajo que iba especialmente dirigida al perfeccionamiento de la capacidad profesional como educador sanitario de su personal y al cambio de actitudes dentro de la institución y que se incluyó dentro de un programa mucho más general denominado Laboratorio de Educación Sanitaria: Grupo de entrenamiento en Cesación Tabáquica.

El propósito y la filosofía del Estudio Piloto comprendían 2 niveles fundamentales:

1. Nivel de Aprendizaje: Incluir la educación sanitaria del médico y de los profesionales de la salud en todo lo que haga referencia a los problemas de la adicción tabáquica para formar agentes de salud equipados y preparados científica, técnica y metodológicamente para ayudar al fumador.
2. Nivel Experimental: Intentar personalmente dejar de fumar y la solidaridad con otros-profesionales o no – para lograrlo.

Suponíamos que el conseguir estos dos niveles llevaría a un cambio de actitudes integral en el individuo frente al consumo de tabaco. Y era en este momento cuando los médicos y los profesionales de la salud estarían en una mejor disposición de asumir en toda su dimensión los roles que les correspondían como miembros de uno de los colectivos denominados ejemplares.

El hecho que el Hospital de la Santa Creu i Sant Pau fuera una institución de salud pública, un hospital docente y sede de una de las secciones de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Barcelona hacía que un programa de este tipo tuviera mayor importancia, difusión y trascendencia sanitaria.

Los objetivos del Estudio Piloto eran:

- a) Perfeccionar el método.
- b) Promover la participación de especialistas de otros campos (neumólogos, cardiólogos, farmacólogos, etc.) para profundizar de manera científica y rigurosa en el estudio de la cesación tabáquica.
- c) Estudiar los efectos sanitarios de la implantación de este método en el Hospital de la Santa Creu i Sant Pau (Estudio socio-sanitario).

La finalidad del estudio era la de obtener unos instrumentos de trabajo (metodológicos, científicos y técnicos) que permitieran en una etapa posterior cambiar las actitudes de los médicos y profesionales de la salud frente al problema de la adicción al tabaco para, finalmente, influir de una manera directa en las actitudes de la población general.

Creo que la originalidad del Estudio Piloto radicaba en la secuencia y el valor que le dábamos a los diferentes objetivos del mismo. Es necesario aclarar que el abandono de la conducta tabáquica que se pedía de los profesionales de la salud en entrenamiento si bien se consideraba deseable no era ni el objetivo final ni tampoco el único de la experiencia grupal de enseñanza/aprendizaje.

El Laboratori d'Educació Sanitaria se concibió como un proyecto de investigación operativa, de estudio clínico y de educación continuada en comportamientos de salud. Si se escogió el problema del hábito de fumar fue porque se trataba del comportamiento más generalizado y relevante entre la población médica y la de los profesionales de la salud.

Otras dos características importantes del programa fueron:

El “efecto multiplicador”: Cada médico y/o profesional sanitario (alumno) que participaba en el Estudio Piloto tenía a su cargo a seis personas a las cuales ayudaba con el fin de que dejaran de fumar.

El “efecto mancha de aceite”: Consistía en la “contaminación “sanitaria positiva en los ambientes familiar, social y de trabajo de los alumnos participantes en el programa.

La eficacia del programa en términos de abandono de la conducta tabáquica la medimos en las personas tratadas por el alumno y no exclusivamente en el hecho concreto de si el alumno deja o no deja de fumar. Para nosotros el problema del consumo de tabaco todo y siendo un tema muy grave era un medio para hacer más fácil la inclusión de la educación médica entre los profesionales de la salud y en las instituciones docentes con la finalidad de que integraran la educación sanitaria a la práctica clínica y asistencial.

Nuestra esperanza era que las actitudes y habilidades adquiridas por los participantes en el mencionado estudio fueran generalizables y transferibles a otros comportamientos de salud y que el médico/a se acostumbrara a utilizar su propia persona y la conducción de la entrevista clínica como instrumento promotor de la salud. Lamentablemente, nuestras elevadas expectativas no se vieron recompensadas como hubiéramos deseado: se lograron algunos objetivos importantes relacionados con la concienciación y la sensibilización de un número nada despreciable de facultativos que advirtieron- probablemente por primera vez en su dilatado recorrido profesional- la importancia del médico/a como agente promotor de salud y del lugar privilegiado que ocupan en relación a ser verdaderos transmisores de pautas de comportamiento saludables con respecto a la población general. El impacto de nuestro proyecto a nivel de la institución no resultó excesivamente positivo: el hospital como un todo permaneció al margen de la experiencia si exceptuamos el grupo reducido de médicos y especialistas que en todo momento garantizaron la continuidad del trabajo aportando con su esfuerzo y entusiasmo el clima necesario para que el Estudio Piloto pudiera realizarse sin demasiados contratiempos.

Desde la sosegada perspectiva que el paso del tiempo aporta, siento que las energías que Juan y yo depositamos en el proyecto fueron ingentes. En determinados momentos, a lo largo de los meses que duró la experiencia, tuve la clara impresión que Juan sufría lo increíble. Nos consolamos mutuamente. Trataba, sin demasiado éxito, de reducir la presión que nos agobiaba al comprobar que los acontecimientos no se desarrollaban como nosotros lo habríamos deseado.

En cada sesión en el hospital nos embargaba el temor que podía ser la última, que nadie se presentaría al grupo...que nos habían olvidado. Y, sin embargo, nuestros oscuros presagios nunca se vieron confirmados. Llegábamos al grupo y éste nos esperaba- no sé si con renovada ilusión, pero siempre expectante y atento- mientras Juan y yo respirábamos aliviados. Fue un tiempo hermoso, pletórico de sensaciones y descubrimientos acerca de las dinámicas grupales que yo nunca me hubiera podido imaginar. Reconozco que aprendí mucho del estilo de conducción de Juan en los grupos y, además, creo que estaba preparado para ello. Son habilidades que requieren tiempo y mucha paciencia; virtud de la que yo carecía en aquella época o por lo menos así me lo parecía. Juan siempre estaba presto y solícito para darme ánimos, para preguntarme qué me había parecido tal o cual momento de la sesión y cómo se había resuelto. Insistía cuando advertía mi timidez o mi temor a reconocer que me equivocaba con determinada apreciación o comentario. Juan no me corregía pero hacía que yo, consciente de mi error, rectificara con prontitud. Y, luego, me miraba y sonreía sintiéndose internamente complacido de que yo hubiera enmendado mi equivocación sin que él me lo hubiera mostrado de manera explícita.

 Así, poco a poco, lentamente, sin sobresaltos nuestra proximidad aumentó considerablemente. Nos encontrábamos a menudo para charlar sobre el proyecto del hospital o divagábamos haciendo planes para el futuro. Ocurrió en una de estas

conversaciones informales mientras contemplábamos una bellísima puesta de sol desde la terraza del ático donde Juan vivía. Me cogió desprevenido. Hablaba de soslayo con los ojos entornados por la luz cegadora del sol que se desparramaba por la amplia terraza. Me propuso crear una cooperativa de trabajo asociado como una manera de llevar a la práctica algo que a nivel ideológico siempre había estado en su cabeza. Era un salto ideológico a nivel corporativo. No se trataba de un cambio teórico sino de un cambio en la praxis. Y nos pusimos manos a la obra. Yo, en aquel momento, mantenía una estrecha relación con un abogado de la familia a quien-de común acuerdo con Juan-le pedí varias entrevistas para que nos asesoraba en los aspectos legales de la constitución de una cooperativa de trabajo asociado. Los viernes por la tarde nos reuníamos en el despacho del abogado con el objetivo de pulir los últimos detalles o las dudas que tuviéramos acerca de los diferentes artículos de la cooperativa. Era un trabajo arduo que, en ocasiones, molestaba ligeramente al abogado que no lograba captar-o en el mejor de los casos, entender-el por qué de las minuciosas preguntas que Juan le hacía. En calidad de amigo del letrado, trataba de salvar estos escollos en la comunicación entre ambos con el fin que el representante legal pudiera hacerse cargo de las dudas que nos asaltaban a la hora de preparar el lanzamiento oficial de la cooperativa. Por encima de todo, quería que quedase absolutamente claro que nuestras “minucias” como las denominaba el abogado a las interpelaciones que constantemente le hacíamos, no eran sino el resultado de un alto nivel de exigencia que nos habíamos autoimpuesto a la hora de redactar los diferentes estatutos de la cooperativa. Al final, se llegó a un acuerdo y la cooperativa quedó lista para ser refrendada delante de notario. De aquellos días y de las interminables discusiones recuerdo el apasionamiento de Juan cuando tomaba la palabra y su curiosa vestimenta compuesta de una chaqueta de lana de un rojo intenso a juego con un pañuelo para el cuello en tonos burdeos. Siempre pensé que su atuendo informal y un punto revolucionario significaba el intento de vencer al sistema (o por lo menos combatirlo) por las barreras que interpone a la comunicación en general. Nunca le pregunté si la elección de la ropa era casual o deliberada, pero siempre me incline por la segunda opción.

Denominamos a la cooperativa Grup d'Anàlisi Barcelona y se constituyó con cinco integrantes que era el mínimo número de personas requerido por la Ley de Cooperativas de aquella época. Las personas fuimos: Juan Campos, Hanne Campos (su mujer), Susana Jover, José Mari Ayerra y Pere Mir. Ahí empezó, o sería mejor decir que continuó, un proceso que se había iniciado muchos años antes y que entonces se concretaba en una determinada praxis profesional de alto contenido ideológico y metodológico. A mí me costó años descubrirlo y algunos más poder aprehenderlo. Luego, hicimos la presentación en sociedad de la cooperativa: se invitó a un reducido grupo de colegas-no más de veinticinco-en una amplia sala del Colegio de Médicos; nos pusimos en círculo y cada uno de los miembros fundadores leyó o habló por espacio de unos minutos. Mi discurso fue muy breve, constaba de un folio y medio que leí embargado por la emoción. Ahora, con ocasión de este escrito, lo revisé y se me antojó repetitivo y excesivamente centrado en la figura de S.H.Foulkes. Citaba mucho a Foulkes y decía poco de mi mismo. Siempre he sido un poco reservado y he pecado de excesiva prudencia. Aspectos estos de mi personalidad que me ha costado años entenderlos y, por supuesto, no sé si los he superado pero cuando menos se han visto notablemente mejorados.

Desde el instante de la presentación de la cooperativa (1989) los proyectos de sus miembros fundadores e sucedieron sin interrupción. Ya en el año 1988, Pat de Maré

discípulo y compañero de S.H.Foulkes había venido a Barcelona invitado por Juan para conducir unas experiencias en grupo grande que tuvieron lugar en Barcelona y en el XVI Simposio de la Sociedad Española de Psicoterapia y Técnicas de Grupo (S.E.P.T.G) celebrado en Pamplona. Además, Grup d'Anàlisi Barcelona publicó, por aquellas fechas, el libro de Pat de Maré "La Historia del Grupo Grande" en versión bilingüe, inglés-castellano con el objetivo de dar a conocer el pensamiento de Pat de Maré a los colegas no familiarizados con su obra. El éxito conseguido con la publicación del libro fue importante y permitió que el editor Karnac de Londres decidiera publicar el último libro trabajo por Pat -"Koinonia"- después de innumerables negativas y no pocas dilaciones.

En 1993, Grup d'Anàlisi Barcelona presenta el Simposio/Laboratorio Intergrupual titulado "Metamorfosis de Narciso: Identidad Grupal o Cultura Grupal" que venía como consecuencia de la experiencia en grupo grande realizada en el Hospital de la Santa Creu i Sant Pau desde 1988 alentada por la venida de Pat a Barcelona. Estos casi cinco años de reuniones quincenales no pudieron sostenerse por más tiempo debido a la necesidad de implantar una tarea centrada en un tema más específico. Participaron en el simposio cinco grupos de diferentes lugares de la geografía española (Barcelona, Madrid y Pamplona). Se elaboró un documento final de trabajo que sirvió de base para el encuentro del simposio. Todas las sesiones fueron grabadas y transcritas. Fue un encuentro sumamente estimulante y enriquecedor. A este simposio le sucedieron, en 1994, el Tercer Workshop Intensivo en Grupoanálisis también organizado por Grup D'Anàlisi Barcelona que llevaba por título "Del Psicoanálisis al Grupoanálisis: El difícil camino hacia una cultura grupal". Se continuó con la misma metodología utilizada anteriormente, es decir, se grabaron y transcribieron las sesiones lo que dio lugar a un pequeño documento final de trabajo para seguir elaborando el trabajo hecho; dar continuidad a un proceso que venía de muy antiguo. La ingente cantidad de trabajo llevada a cabo por los componentes de Grup d'Anàlisi en aquellos años fue intensísima. Al grupo inicial se había incorporado Mercè Martínez mientras que otra persona lo había dejado. Algunos de nosotros, ya fuera como grupo o a título individual representando a Grup D'Anàlisi seguían presentando sus trabajos y aportaciones en diversas áreas como la universidad y algunas instituciones públicas y privadas. En esa época, 1998, se publica el libro de Juan "Una Historia de la Asociación Internacional de Psicoterapia de grupo: Hechos y Hallazgos" como resultado de la entrevista que Nora Speir Fernández le hizo a Juan con motivo del XII Congreso de la AIPG celebrado en Buenos Aires. La presentación oficial del libro tuvo lugar en el XIII Congreso de la AIPG en Londres.

 El final de la década de los noventa trajo la muerte de una de las más fieles compañeras y colaboradoras del grupo inicial: Susana Jover fallecía de manera inesperada y sumía al grupo en un profundo abatimiento. Por si esto fuera poco, a Juan se le diagnosticó un cáncer. Fueron años sumamente difíciles y complicados para todos los integrantes del grupo que nos reuníamos una vez a la semana. Afortunadamente, Juan superó la grave enfermedad aunque los efectos secundarios del tratamiento dejaran secuelas de por vida. En estos años, la relación con Juan se intensificó muchísimo y supe que nuestro aprecio era mutuo e intenso. Él se lanzó a abrir canales a la comunicación virtual. Privado de la movilidad que hubiera deseado, la pantalla de su ordenador se convirtió en el caballo de batalla para seguir un contacto con el mundo estableciendo redes de comunicación entre personas y grupos. Su última participación en un congreso fue en el año 2008 con motivo de la Conferencia Regional del Mediterráneo donde junto con

Malcolm Pines hicieron la conferencia de apertura del mencionado congreso. De ahí en adelante, nos seguimos viendo o hablando con asiduidad. Percibía un indefinible halo de tristeza en su persona a la par que continuaba sin desfallecer proponiendo innumerables ideas y proyectos. Falleció el 10 de enero del año pasado. Su muerte me dejó-nos dejó-un intenso dolor y un profundo vacío.

Para mí, Juan supuso uno de aquellos padres profesionales y amigos incondicionales que difícilmente uno encuentra a lo largo de su vida. Yo tuve la inmensa suerte de que me acompañara, desde diversos niveles, durante casi treinta y seis años de mi vida. Creo que yo también le acompañé en diversos e importantes episodios de su existencia; lo cual me produce un inmenso placer.

Fui su amigo y colega incondicional. Y su recuerdo pervivirá en mi memoria mientras viva. Juan no era-pienso-amigo de homenajes, lo deja bien claro cuando en su ensayo "Del sueño de Irma al sueño de Mira" se refiere a la aversión que el psiquiatra catalán sentía por los intentos de perpetuar la memoria del muerto a través de bustos y esculturas. Mira decía que lo que le interesaba era que la gente continuara con las ideas que él había transmitido; éste era el verdadero homenaje que se la podía hacer a su memoria. Parafraseando a Mira, yo diría que Juan estaría muy satisfecho de saber que un grupo pequeño de nosotros (Hanne, su viuda, Mercè y yo mismo) y, seguramente, muchos más aprendimos de sus palabras y de su quehacer cotidiano un ejemplo impresionante de modestia y tenacidad en la lucha por conseguir un mundo más pacífico y creativo.